

A los ojos de la lluvia

Ana Gloria García Jáuregui

Chispas, golpes, granizo, viento helado. Silencio. Sin zapatos, temblando, en blanco, sangre. Silencio. Lluvia, calle, truenos, yo. Elevo las manos para verlas, ¿son mías? Creo que será mediodía, no hay autos ni personas en la calle, ¿dónde están todos? La ventisca responde. Estoy empapada, mi cuerpo ha sido cubierto por las gotas, debería buscar refugio, ¿debería? Cuando intento caminar mi débil voluntad me derrumba. Silencio. Lágrimas, arrepentimiento, dolor, asfixia. Silencio. Con vida el cielo ataca mi piel. Pasos dados por el aliento de temor, una cafetería vieja es mi única meta.

Un cliente, chocolate, un empleado, café. Me senté en una silla, me llevaron una carta que rechazé. El paño de la ventana impedía ver el exterior. Un reloj digital en la pared. Silencio.

—Señorita, el cliente de allá me pidió darle un café. Disfrútelo.

Sonrío, con la herramienta culpable agradezco a los extraños. Meneo la cuchara. El cliente se acerca. Arrugas de preocupación, desvelo y aburrimiento opacan su juventud, sin embargo el deseo de vivir es fácil de notar a través de sus claros ojos marrones.

—Estoy solo en una cafetería perdida en las memorias de mis coetáneos. Soy el único cliente fiel, de 11:45 a 12:35 aquí. 15 minutos para las 6:00 de la tarde aquí; 08:00 p.m. me voy. Al día siguiente es igual. Me complace en un día de suave tormenta ver jugar niños, meditar en el parque, escuchar los truenos detrás de una escuela o invitar un café a una mujer, ¿concederás mi capricho en la primera lluvia de otoño?

Sonrío, tomo un trago, él también sonrío.

—¿Y su café? —pregunto—.

—Solo tomo café cuando hay algo que hacer. Vengo con paso firme siempre, me siento en la segunda mesa, aquella que está coja. Me gusta el aroma y el silencio, no se puede hacer nada más si no se trata de una ciudad, el dueño ya sabe que pagaré una bebida que no tomaré y luego me marchó. Has sido la primera en romper la rutina. No vives por aquí, ¿o sí? Nunca te había visto y aquí todos se conocen. ¿Cuántos años tienes?

—No. 17 años.

Tomo la tacita, la llevo a mis labios sin sorber. Silencio. 12:22. El extraño no habla más. Yo, el café, él. Yo, él.

—¿Una niña llora o son las gotas de su peinado las que se atreven a invadir sus mejillas?

No sonrío, no contesto, no aparto la vista, no me muevo, no existo. 12:35. El extraño me abandona. Respiro. Intento seguirlo con mis pupilas, pero el paño de las ventanas y las lágrimas no me lo permiten. Se me arrebató la calidez repentinamente, me es imposible ver su partida entre la lluvia. En otras circunstancias él no se habría ido, nos habríamos convertido en amigos. Ahora me acompaña la desdicha. Derribo la barrera de un trago y me voy.

La suave tormenta se vuelve agresiva, me convierto en tren y sin detenerme avanzo en mi trayecto. Segunda meta alcanzada, el regreso al cementerio. Encuentro una botella de cerveza, con los pedacitos recién hechos me hiero las piernas, me abofeteo y suspiro. Con el dolor reacciono. Con todas las fuerzas de vivir contenidas en los ojos del fiel acompañante de la cafetería, con esas que he robado en cada trago, cavo. El rugir de las gotas, el anhelo de los rayos me apresuran y el tiempo me clava cuchillos sin piedad, mientras se divierten. Entonces recuerdo. Sin duda sufrió, no más que yo. Su agonía fue un instante después de su placer egoísta. Hace rato yo reía, yo vivía. La tortura será eterna, atenuará cada noche, en *crescendo* con sereno diabólico me devorará. El miedo me impulsó... en el panteón morí.

El cuerpo y los zapatos en el agujero mal cavado, ocultos. Un habitante más en el reino deseado por los terrenales. Sangre en mis pies, en mis manos. La vida robada redobla en la mía. Salto, grito, canto, corro. Ruido. Chispas, golpes, granizo, viento helado. Ruido. Máscara de lodo, dama sacrificada, mentiras lúdicas, peón E:7. Ruido. Denuncia, café caliente, lluvia silenciosa, investigación. Ruido. Noche sin sueños, desconcierto, desesperación, encontrado.

—¿Ya lo sabes? Encontraron el cuerpo del muchacho en el cementerio, nadie sabe quién lo mató. Los policías están investigando, pero no tienen pistas. No creo que lleguen a saber nada, el que está al mando es ese viejo detective loco que se la pasa en el café de la orilla del pueblo.

Reencuentro.